



## **II Jornadas de Investigación en Humanidades**

**30, 31 de agosto y 1 de septiembre 2007**

**Universidad Nacional del Sur  
Departamento de Humanidades  
Bahía Blanca, Argentina**

### **Auspiciantes:**

**Fundación Ezequiel  
Martínez Estrada**

**Cátedra Libre de  
Derechos Humanos del  
Departamento de  
Humanidades de la  
Universidad Nacional  
del Sur**

## **El Posestructuralismo y la teoría de la literatura.**

Nicolás Bompadre, Daniel Pellegrino,

Damián Repetto, Jorge Warley

Universidad Nacional de La Pampa

[Jorge.warley@gmail.com](mailto:Jorge.warley@gmail.com)

1.

El texto que sigue a continuación debe ser considerado como la primera introducción a un programa de investigación pensado en el espacio de una cátedra, la de Teoría y Análisis Literario I de la Carrera de Letras perteneciente a la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de La Pampa.

El trabajo recién se inicia y su desarrollo está proyectado para desenvolverse a lo largo de los dos próximos años, aproximadamente, por un equipo de trabajo que integra a profesores y estudiantes avanzados. Su objetivo es, por un lado, el de la capacitación teórica y la formación docente en temas y problemas que en el cursado normal de sus estudios sólo se toman de manera muy parcial; por el otro, supone el aprovechamiento del material relevado y analizado dentro de una perspectiva pedagógica, es decir para su aprovechamiento como sostén de las actividades del aula. Por este camino antes que extender ilimitadamente el estudio hacia las diversas y complejas áreas de las ciencias sociales contemporáneas -un desafío que la corriente posestructuralista convoca ni bien se comienzan a leer sus textos- y las diferentes problemáticas que se abren a cada paso, la meta debe percibirse en la dirección contraria: el intento es más bien recortar, cerrar y seguir el desenvolvimiento de ciertos nudos teóricos y aspectos metodológicos dentro de los límites más acotados de los estudios literarios.

En cierta medida, la aspiración toma al pie de la letra el “consejo” tantas veces repetido en sus textos por Gilles Deleuze en el sentido de orientar el quehacer intelectual en los términos de una máxima pragmática que reza que se debe tomar lo que se quiera (y lo que se pueda) según se lo requiera. De alguna manera, el uso es el único significado real de la comprensión.

**2.**

El término *posestructuralismo* presenta una serie de dificultades. En primer lugar porque no parece haber surgido de la boca y la letra de los propios investigadores que habitualmente se mencionan como referentes de esta corriente (como Julia Kristeva, Jacques Derrida o Gilles Deleuze, para citar algunos de los ejemplos más célebres), sino que fue utilizado “desde afuera” con respecto a tales autores y sus obras, como una denominación que rápidamente se mostró fértil en su designación clasificatoria en el interior de las universidades anglosajonas y que rápidamente se fue extendiendo, y encontró eco y aceptación en ámbitos similares de otras tradiciones nacionales.

Ese tipo de operación de designación, y los problemas que trae asociados para la comprensión y el análisis, nada tienen de nuevo por otra parte, puesto que ya se conocen desde larga data dentro de la literatura y los estudios literarios, en particular en lo que respecta a su desarrollo a lo largo del siglo veinte como lo ilustra claramente lo ocurrido con el *formalismo ruso* y el *estructuralismo*. En relación a este último sustantivo, vale la pena señalar la paradoja que envuelve el hecho de que varios de los autores a los que aquí se hace referencia dedicaron un buen esfuerzo para despegarse de su alcance y cuando creían haber resuelto la cuestión pasaron automáticamente, como si hubieran atravesado una aduana, a formar parte del *posestructuralismo*, es decir que fueron recogidos por el capítulo siguiente del manual y de la historia de la crítica literaria, y posibilitaron, de paso, que los suplementos culturales de los diarios pudieran preparar ya una nueva nota central.

Quede claro que aquí *posestructuralismo* interesa simplemente a los fines prácticos de “ponerse de acuerdo” sin demasiados preámbulos en relación a un cierto universo del discurso a partir del término con que más comúnmente se lo designa en los ámbitos universitarios y también fuera de ellos, en artículos periodísticos, bibliotecas y librerías. Pero por su naturaleza es también obligado señalar el presupuesto de que se trata de una calificación en el más alto grado de generalidad, lo cual supone necesariamente que el análisis concreto de conceptos, obras, artículos y autores tiene entre sus cometidos básicos obligatorios precisar las predicaciones que en cada caso encierra (y quizás obtura) tal designación.

Entre las virtudes, si puede usarse tal sustantivo, que pueden enlistarse a favor de su antecesora, la corriente estructuralista, está la de haber generado, incluso antes de que fuera

percibida como una escuela fuerte y definible, un sinnúmero de críticas y polémicas, casi todas ellas bien interesantes y de rica proyección conceptual en los años posteriores.

El término *posestructuralismo* tiene, de esta manera, la particularidad de recoger un singular fenómeno que ocurrió con la corriente que se considera como su inmediata antecesora, una de esas paradojas que Jacques Derrida solía denominar “escándalo”. Porque el estructuralismo se desplazó desde su origen francés hacia otras zonas del mundo con la característica de que prácticamente en todas partes su arribo coincidió con las duras críticas que recibía. De tal modo ocurrió en Buenos Aires, por ejemplo. Así, los universitarios y especialistas al mismo tiempo que actualizaban aquellos conocimientos sobre lingüística y fonología que les posibilitarían penetrar el vocabulario que el estructuralismo traía consigo, entraban en contacto con artículos y obras de otros lingüistas, filósofos, psicólogos, sociólogos y marxistas que se dedicaban a demoler el dogma de la estructura.

Por lo general lo hacían de una manera muy especial. Es decir, en el sentido de que pretendían volver ese combate productivo desde una perspectiva metodológica y teórica, pero incluso también política, razón por la cual la crítica, por lo general quedaba claro, más o menos implícitamente, suponía el rescate de aquellos componentes que se consideraban valiosos y que el estructuralismo traía consigo, como si entre ortodoxos y heterodoxos existiera un acuerdo o consenso explícito determinado por la certidumbre de que, cualquiera fuera su resolución, se asistía a un capítulo fundamental en la modernización y consolidación de las ciencias sociales. Este fenómeno de crítica y recuperación es particularmente notorio en un libro como *La estructura ausente. Introducción a la semiótica* del italiano Umberto Eco, una obra clásica de su época y a la vez bien emblemática de lo que se acaba de afirmar.

*La struttura ausente* es de 1968 (aquí la citamos según la versión española traducida por Francisco Serra Cantarell, Barcelona, Lumen, 1978). En uno de sus últimos apartados y a modo de balance crítico el autor italiano realizaba el simple señalamiento epistemológico de que una cosa es que la noción de estructura fuera juzgada como presupuesto ontológico, y por lo tanto estimada como una suerte de esencia oculta propia del objeto que se pretende estudiar, y muy otra que se la tomara como una necesidad metodológica, de carácter inevitable y fatal a juzgar por los dichos de algunos investigadores, pero, como toda

herramienta, revisable y cuestionable en cuanto a sus verdaderos alcances; un medio como otros, no una meta a alcanzar.

Así, Eco concluye:

Al estar ausente, la estructura no puede ser considerada como el término objetivo de una investigación definitiva, sino como un instrumento hipotético para ensayar fenómenos y trasladarlos a correlaciones más amplias. (pág. 452)

Una estructura, entonces, debía ser entendida básicamente en consonancia a los componentes de un modelo explicativo:

Estos modelos pueden ser teóricos, en el sentido de que han de ser postulados como los más cómodos y “elegantes” anticipándose así una recensión empírica y una reconstrucción inductiva que en otro caso serían utópicas dadas las dimensiones del territorio y su diacronicidad. (pág. 460)

El punto que Jacques Derrida pone en discusión alrededor de la idea de estructura tiene otra dimensión y dirección que la planteada por el autor del *Tratado de semiótica general*, tanto en lo que respecta a su fundamento filosófico como, si puede decirse así, a sus alcances en el territorio de la cognición, pero no es necesariamente contrario a ellas. Y es así si se tiene en cuenta la sencilla pero definitiva observación de Eco en relación al salto epistemológico -que es también ideológico y político- que supone postular “de contrabando” algo que no se ha demostrado y se pretende aceptar sin más (una esencia) a partir de la demostración de la eficacia de unos ciertos procedimientos para detectar y aislar unidades mínimas y enunciar a partir de ellas las normas que determinan los modos de sus relaciones prototípicas (una metodología, orientada por algunos postulados heurísticos).

Quizás el estructuralista haya querido argumentar que tales postulados metafísicos se desprendían como presupuesto obligatorio para cimentar el conjunto de su arquitectura teórica y operativa, y que si se los tacha de poco serviría una metodología tan ciega y de corto alcance, en otras palabras buscaba fundamentar ciertas decisiones arbitrarias de inicio como necesidades lógico-epistemológicas, pero para los investigadores que seguían

atentamente aunque a prudente distancia sus pasos fue evidente desde el vamos que aceptar una operación de tal tipo involucraba de manera extensiva aceptar un mundo a imagen y semejanza de los requerimientos de un conjunto de metáforas constructivistas y funcionales que decían “postergar” los problemas del sentido cuando en realidad los auspiciaban y los volvían urgentes.

### 3.

El pensamiento básico de Derrida sobre este punto comienza a plasmarse de una manera clara en una conferencia dictada originalmente en la Universidad de Yale, en los Estados Unidos, y que, a juzgar por los historiadores y la leyenda, abrió para el pensador francés las puertas que posibilitarían el avasallador despliegue de la teoría de la deconstrucción en el sistema académico norteamericano, y de allí al mundo.

Convertido en artículo con el título de “La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas” integró *L’Ecriture et la Différence*, publicado originalmente en 1967 por la editorial Gallimard (y que aquí citaremos en la versión española de Patricio Perisher, Barcelona, Anthropos, 1989, pp. 383-400). En él, Derrida busca develar el procedimiento por medio del cual debajo del concepto de estructura en realidad se hace pasar un principio de ordenamiento de sentido único y estático. De tal modo, la estructura, en lugar de abrir una vía novedosa para el análisis y la comprensión de los fenómenos sociales, no hace sino segar nuevamente esa posibilidad en su encarnación contemporánea y remozada por la lingüística, y lo hace en función de un cierto principio vertebrador del orden de lo metafísico.

Los estructuralistas buscaban leer “por debajo” de los fenómenos sociales para encontrar esa estructura única, simple y universal que los explica en su funcionamiento y también en su reproducción. Tal la novedad que el estructuralismo traía consigo. En una suerte de reduplicación irónica Derrida copia el gesto de los estructuralistas y lee “por debajo” de la noción de estructura para enunciar también un par de postulados sencillos y definitivos: uno reza que la noción de estructura nada tiene de nuevo, el otro que desde siempre la noción de estructura ha estado encadenada a una norma de organización que es externo a la estructura misma y la cierra de manera definitiva.

En las palabras del autor:

(...) el concepto de estructura, e incluso la palabra estructura tienen la edad de la *episteme*, es decir, el mismo tiempo de la ciencia y la filosofía occidentales, (...) hunden sus raíces en el suelo del lenguaje ordinario, al fondo del cual va la *episteme* a recogerlas para traerlas hacia sí en un desplazamiento metafórico. Sin embargo, hasta el acontecimiento al que quisiera referirme, la estructura, o más bien, la estructuralidad de la estructura, aunque siempre haya estado funcionando, se ha encontrado siempre neutralizada, reducida: mediante un gesto consistente en darle un centro, en referirla a un punto de presencia, a un origen fijo. (pág. 383)

Como ya casi forma parte del mito, cuando con el andar de la década del sesenta del siglo pasado el estructuralismo se convirtió en un tema interesante para el debate a juicio de las universidades de los Estados Unidos, una de ellas, John Hopkins, se apresuró a organizar una conferencia que se dictó finalmente en el año 1966. El encargado de darla fue Jacques Derrida y sus dichos, como se dijo, fueron recogidos en el artículo “La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas”. El impacto que produjo fue profundo, entre otras cosas por el escándalo que suponía, como se desprende evidentemente de la lectura de la cita anterior que corresponde a la introducción del artículo, que alguien que se esperaba que hablara más o menos celebratoriamente de una corriente en realidad expuso una crítica fuerte a los fundamentos conceptuales de la misma.

La exposición de Derrida se organiza básicamente en dos cuerpos. En el primero el autor de *De la gramatología* se dedica a revisar los orígenes del concepto de estructura y el modo en que fue usado y abusado a lo largo de la historia occidental, desde cuando se sometía a dicho concepto a una cierta máxima metafísica que lo congelaba y detenía, pasando por una utilización similar en la Edad Media bajo la hegemonía de la idea de un dios-centro hasta llegar a la contemporaneidad donde otras dominancias -una cierta consideración acerca del hombre, alguna cosmovisión moral o política- cumplieron el mismo papel enajenante y cosificador.

El cuerpo segundo está dedicado a la elaboración y el uso de ciertos conceptos por parte de Claude Lévi-Strauss. Es importante destacar, sobre todo para que se perciba el carácter simbólico de aquella conferencia derridiana, que Lévi-Strauss, fundamentalmente a través de su artículo “Las estructura elementales del parentesco” y sus libros *Antropología*

*estructural*, *El pensamiento salvaje* y *Tristes trópicos*, se había convertido en la principal figura de referencia del pensamiento estructuralista. Esto es así, principalmente, porque el resto de los autores fundamentales que aparecen relacionados a esta corriente -Jacques Lacan, Michel Foucault, y Roland Barthes- nunca terminaron de sentirse cómodos dentro de los límites del estructuralismo y con extraordinaria rapidez se despojaron de lo que consideraban que era un ropaje demasiado pesado como para transitar el camino que habían prefigurado. Frente a esos vaivenes Lévi-Strauss aparecía como el más sólido representante del estructuralismo, e incluso de su encarnación más ortodoxa (es decir, no de aquellos investigadores que pueden haber recurrido ocasionalmente a la idea de estructura de una manera más alegórica y general, sino de quien la piensa a partir del modelo de la fonología de Trubetzkoi) y es por ello que no puede considerarse casual la elección de Derrida.

Sin embargo, incluso si se tienen como referencia y medida otros intercambios polémicos que Derrida ha desarrollado, el modo en que trata a Lévi-Strauss es excesivamente amable. No se cansa de, más o menos explícitamente, ponderar la “honestidad intelectual” de Lévi-Strauss sobre todo en lo que se relaciona con la sinceridad que este desconfía de las herramientas metodológicas y los conceptos por él mismo utilizados y cada tanto subraya la imperfección de los mismos. En ciertas zonas de *De la gramatología* Derrida va a retomar la figura de Lévi-Strauss, así como las de Ferdinand de Saussure y Jean-Jacques Rousseau con un cierto giro dramático, en tanto los pinta como pensadores que ya aceptan ciertas determinaciones de lo que Derrida denomina el “logocentrismo” propio de la episteme occidental ya desconfían y se alejan de tales certidumbres con ademán de constructivo; es ese vaivén, pues, el que puede caracterizarse como digno de drama.

De alguna manera las conclusiones con que Derrida cierra su artículo, esa especie de “final abierto” al que lo somete y que se nutre de la constatación de que los conceptos que se “deconstruyen” no por ello dejan de ser los únicos que tenemos, en tanto y en cuanto son aquellos que la historia y la cultura han dejado como herencia y son por lo tanto una necesidad del entendimiento, una conclusión de tal tipo supone una vacilación en cuanto al camino a seguir (algo que Derrida explicita).

El posestructuralismo carga con esa tensión y el debate que subyace, puede decirse para cerrar, supone como consecuencia una liberación de la noción de estructura, habilita su variada utilización como herramienta de análisis y posibilita pensar las complejas

relaciones que sostienen la significación pero siempre alentando la posibilidad de la multiplicación, el uso “táctico” de la herramienta orientado hacia los desplazamientos horizontales y más o menos fugaces antes que hacia la profundidad y la certeza de los universales del sentido.